

## II

**F**ue como despertar después de un largo letargo. Al principio no supo dilucidar quién era él ni dónde estaba. Pero tampoco le importó. Le invadía una sensación extraña imposible de describir. Todo su cuerpo vibraba intensamente produciendo una especie de zumbido en su interior, que se agolpaba en su pecho a cada pequeño cambio de emoción.

A su alrededor todo parecía estar en penumbras y sin embargo, era como si de una forma mágica sus ojos pudieran ver en la oscuridad, aunque adivinando más que viendo realmente, las cosas que en un principio aparecieron algo confusas, ocultas entre las sombras. Incluso su propio cuerpo parecía como una sombra entre las sombras, resultándole tan extraño y desconcertante como lo demás.

Ante sí vió un gran mueble de roble ricamente tallado con esmerada y paciente labor, lleno de cajones, puertas y estantes. Pudo ver a través de la madera todo el contenido de los distintos compartimentos y sin embargo no le resultó sorprendente, asumiéndolo como lo más natural del mundo. Muchos de aquellos objetos le resultaban familiares pero no sabía por qué. Algunos libros, cuadernos, plumas, una gran colección de muñecos...

Se preguntó qué habría en los compartimentos más altos e instantáneamente se le presentaron a la altura de sus propios ojos. No se preguntó siquiera cómo era posible; tal vez aquella serenidad que reinaba en el ambiente era la que hacía que todo resultara de lo más placido y natural. En el interior de aquellas pequeñas puertas que se transparentaron ante él, no había más que viejos documentos atados en polvorientas carpetas. Perdió el interés por ello y se giró lentamente. Fue entonces cuando percibió que algo no era normal. Que aquella situación tenía algo de extraña. Dirigió instintivamente su mirada hacia arriba, y se encontró con que el techo estaba a sólo unos centímetros de su cabeza; entonces, lentamente, con cierta incertidumbre, miró hacia abajo y percibió, más que ver, el suelo. Estaba flotando. Su sentimiento, su sentido natural, le decía que era lo normal, lo habitual. Pero un pequeño "cric" en el interior de su cabeza, parecía querer irrumpir, rompiendo algo, queriendo contradecir

aquella lógica natural. ¿Realmente era normal flotar en el vacío? Una pequeña desazón comenzó a irrumpir en su interior; el zumbido vibrante que recorría su cuerpo se aceleró intensificándose bruscamente. Los pensamientos se abrieron paso en su mente brecha a brecha, y la duda comenzó a interponerse entre su sentir y su razón.

¿Por qué estaba la luz apagada? ¿Por qué no había más luz? ¿Qué era aquel bulto rectangular que se adivinaba frente a él, allá abajo? ¿Y por qué cuanto más se esforzaba en ver con claridad, más oscuro se volvía todo?

Comenzó a sentirse incómodo y por primera vez se preguntó dónde estaba y qué estaba ocurriendo. El temor empezaba a adueñarse de él, y cada vez se sentía menos seguro. Instintivamente pidió que se encendieran las luces y como quiera que no ocurría nada, comenzó a pedirlo a voces y después a exigirlo con cierto nerviosismo. El zumbido y la vibración de su propio cuerpo se aceleraron tanto, que empezó a sentir también como un ahogo. Entonces quiso gritar y se dió cuenta de que su voz, en ningún momento había salido más allá de su mente. Quiso articular algunas palabras pidiendo auxilio pero era como si sus músculos estuvieran atrofiados. Se angustiaba por momentos. Presintió que algo se movía entre el oscuro rectángulo que había allá abajo y de forma automática, retrocedió contra el gran mueble, arrinconándose contra el ángulo del techo.

Gritó mentalmente cuanto pudo.

*«¡Necesito luz, quiero luz, que alguien encienda la luz...! ¡Quiero ver, quiero ver...!»*

Y cuando su angustia se hizo casi insoportable, sus ojos se despegaron. Era como si hubiesen estado pegados durante siglos y las pestañas se desprendieran trabajosamente, permitiendo que los párpados se abriesen camino entre pegajosas legañas ancestrales.

Y la luz, clara y concisa, penetró en sus pupilas. Entonces la luz se hizo en su interior. Se reconoció a sí mismo y reconoció el lugar. Estaba en su propia habitación, flotando contra el techo. ¿Flotando? Las personas no flotan en el vacío, se dijo para sí.

*«¿Dónde está mi cama?»*

Y entonces la vió. Aquel oscuro bulto rectangular era su cama. Y lo que se removía inquieto en ella, ¡era él mismo! ¡Estaba flotando en la habitación, y al mismo tiempo durmiendo entre las sábanas de su propia cama! El impacto de aquella visión fue colosal. Su primer pen-

samiento, mecánico, fue el de la muerte. Y la angustia de antes se convirtió en un pánico atroz.

Los gritos no podían salir de su garganta petrificada, su instinto le empujaba a querer volver a su cuerpo físico, pero por mucho que se abalanzaba sobre él, traspasándolo, no lograba su propósito. Extraños vientos comenzaron a soplar a su alrededor, y para acrecentar aún más su agudizado terror, percibió tenebrosas presencias revoloteando en torno suyo, burlándose de él, acosándole, asustándole, amenazándole... Presencias que se acabaron por plasmar ante sus aterrorizados ojos: oscuras formas demoníacas y monstruosas que se abalanzaban sobre él de la misma forma en que él lo hacía contra su propio cuerpo físico que se agitaba inquieto revolviéndose entre las sábanas, con el fin de volver a la realidad que siempre había conocido, de escapar de aquella tenebrosa situación, de aquella pesadilla tan viva y real, tan tangible, tan espantosa.

«¡Mamá, papá... socorro!» gritaba en su mente.

Despertó sobresaltado. Apartó violentamente las sábanas hacia atrás y se incorporó sudoroso. Pisoteó repetidamente el suelo de fino mármol para asegurarse de que al fin había vuelto a la realidad y suspiró reconfortado. El corazón le latía violentamente. Dió unos pasos y se dirigió hacia el accionador de la luz. Y cuando se dispuso a cogerlo entre sus dedos, se percató de que la luz ya estaba encendida. ¿Cómo era posible? Se giró hacia la cama y descubrió que su cuerpo aún estaba allí, acostado.

¡Se había engañado a sí mismo! Los monstruos y demonios le asaltaron de nuevo entre risas, burlas, aullidos y macabros sonidos animalescos.

«¡Relájate! ¡Relájate y todo desaparecerá!» oyó en su interior. No era su voz. Era una voz ajena que resonaba dentro de él. Una voz firme y poderosa. «*Tu propio miedo es quien está provocando todo esto*».

«¡Mamá, papá... socorro, socorro...!» volvía a gritar presa del pánico en su mente.

«¡Es tu mente quien está creando estos monstruos! ¡No son reales, deja de temer!» insistía la voz. Pero el joven Codben la desoía, aterrado, intentando penetrar a la fuerza en su cuerpo físico.

Por fin, un rostro gigantesco hermoso y poderoso a la vez, de una mujer de penetrante mirada, se interpuso entre él y los monstruos y bestias que le acosaban.

«¡Ya basta!» gritó imponiéndose. Las formas demoníacas se evaporaron y Codben despertó por fin, con un desgarrador grito que finalmente logró salir de su encierro.

Se quedó allí, incorporado en la cama gritando asustado, a oscuras, esperando algún tipo de consuelo. La lujosa puerta se abrió de golpe y la luz se encendió, dejando ver la figura de un hombre elfano, de mediana edad acudiendo precipitadamente ante la angustiada llamada del muchacho.

-¡Tranquilo, tranquilo, papá está aquí, ya estoy aquí! -decía mientras lo arropaba entre sus brazos y le acariciaba y mecía dándole consuelo- ¡Ya está, ya pasó... solo fue un sueño, una pesadilla!

-¡No era un sueño, era real, papá, era real...! -sollozaba el muchacho.

-No, era una pesadilla, un mal sueño... pero ya pasó, tranquilo, tranquilo, ya pasó...

El abrazo paterno calmó el azorado ánimo del joven elfano, mientras unas abundantes lágrimas se derramaban resbalando por sus mejillas y su moqueante nariz se ensanchaba para ayudar a liberarse de la tensión acumulada.

-¡Era real, muy real...! -insistía.

-Bueno, pero ya pasó, todo está bien ahora...

-¿Qué ocurre, Codben? ¿Por qué gritabas? -sonó la voz de su madre, que irrumpía ahora en la habitación.

-Ha tenido una pesadilla -aclaró el padre sin dejar de abrazar al muchacho.

La madre permaneció en pie, junto a ellos, sin ocultar su descontento.

-¿Una pesadilla? ¡Maldita sea, Codben, me has asustado! ¡Creí que ocurría algo grave!

-¡Por los cielos, Meirín, él también se ha asustado, ha tenido una mala experiencia! -le reprochó el esposo.

-¡No se puede tener miedo de un sueño, Gazet! -le contestó ella con cierto enojo-. Si le tiene miedo a un sueño, ¿qué ocurrirá cuando tenga que enfrentarse a las adversidades de la vida? ¡Lo estás malcriando, Gazet! ¡No quiero un hijo cobarde! ¡Bastante tengo ya con sus estúpidas y absurdas ideas y preocupaciones sobre los esclavos! ¡No sé de dónde saca esas tonterías!

-¡Está bien, Meirín, de acuerdo, déjalo ya, ya se ha calmado, ya